

La validez de lo sencillo (Escrito breve)

DOI: 10.15658/CESMAG19.12080208

Héctor Arturo Gómez Martínez¹

*Soy un Ingeniero
exiliado en la Poesía
y un Poeta
destinado a la Ingeniería.*

¹ // Ingeniero Civil por la Universidad del Cauca. Correo electrónico: hectorgomezmartinez@gmail.com

Asombra la crónica del celador, que dichoso por haber aprendido a leer a sus más de cuarenta años, anhela la solidaridad o el dinero para adquirir el libro de sus sueños, que ahora puede leer pero no adquirir por falta de recursos, en irónico contraste con la época en la que el más simple folleto le significaba todo un jeroglífico, porque sus nulos conocimientos lo empujaban al más angustioso oscurantismo.

El hombre es feliz. Tiene acceso a un humilde empleo que le permite por lo menos sostener a su familia, y vive rodeado de los afectos que suplen en mucho sus carencias al convertirlos en estímulos de la lucha diaria, aún la más adversa. Y ahora, para completar la dicha, con su nueva condición de lector en desarrollo, piensa descontarle a la vida todos los años de lecturas y conocimientos atrasados por la venda de ciego mantenida durante tantos años, y reivindicar con creces, toda la cultura y los descubrimientos que emanarán de la lectura de los libros.

Por el momento la meta es palpable: conseguir 'Cien años de soledad' por vía de la caridad ciudadana, para que al tenerlo, saborearlo e intentar comprenderlo, "sea más feliz, un hombre que ya es feliz" como expresa con palabras desenfadadas este nuevo campeón del universo.

La situación remueve en muchos la ilusión y la esperanza. Recuerda la satisfacción brindada por los pequeños logros de la vida; el desapercibido triunfo cotidiano y la consecución de las metas suscitadas durante el continuo deambular por la existencia, muchas veces relegadas al olvido o hundidas en la insatisfacción de los deseos reprimidos o tal vez nunca alcanzados, porque el avance cultural, socioeconómico o de conocimientos, dispusieron nuevos objetivos y desafíos que decretaron la frustración y el desencanto si no se obtienen en forma plena, descartando sin razón todas las situaciones, vivencias y sentimientos desatados durante el zigzagueante proceso de las búsquedas, que deberían convertirse en aplauso de muchedumbre frente a la sencillez

de cada escalón superado, y en una reivindicación de la sensibilidad y la capacidad de asombro latentes y expectantes en la esencia de cada individuo, si la voluntad decidiera por fin lanzarlas al vuelo.

La satisfacción y plenitud parecieran avanzar en forma cíclica. Al principio, cuando todo es imprevisto y novedoso, la más simple conquista resulta extraordinaria, y el primer logro ubica a la vanidad en un pedestal de triunfadores. Sin embargo, el avance social y económico por donde transcurre la existencia, trastoca los deseos y regodea las aspiraciones. Las metas se vuelven sofisticadas y dificultosas, y el sentido de las prioridades repercute en la conciencia, hasta inducir unos afanes y esfuerzos que disminuyen y malogran el recóndito sentido de la dicha. Allí surgen las angustias y aumentan las presiones desatadas por la ambición y la codicia, indetenibles e insaciables, tras la largada de un carácter inducido solo a la acumulación sin miramientos. Entonces nada llena, todo está de paso, cada hecho cumplido conlleva otra visualización superior o diferente, que debe alcanzarse sin catar límites ni dificultades. La satisfacción por lo obtenido vuelve a quedar en entredicho, y el brillo de las riquezas materiales como fin inalterable de todo comportamiento, revoluciona la personalidad colmándola irónicamente de constantes vacíos, que impulsan a bucear entre los días a velocidades de espanto, sin más propósito que el de sumar recursos económicos y propiedades que nunca alcanzarán a disfrutarse, solo por calmar sin conseguirlo el ciclo repetitivo de las propias veleidades, desplegadas con el impulso de una erupción volcánica en pleno desarrollo.

Por todo ello, es necesario hacer un alto en la jornada; revisar los valores y finalidades que cuestionan de verdad los afanes y requerimientos, estableciendo un nuevo ordenamiento personal, donde lo sencillo, lo cotidiano, lo habitual, la pincelada compartida de un amanecer, la fraternidad enfocada en la amistad y la familia, lo lúdico descubierto aún

en el objeto mismo de las obligaciones, signifiquen el reencuentro con la vida, la alegría y el optimismo, evitando que el trabajo, los horarios, las obligaciones, el crecimiento material, el afán por la riqueza, y la superación o la suplencia de una gama infinita de necesidades y deseos, induzcan a prescindir del cobijo donde reine la perdurabilidad de los valores, o a enterrarlos para siempre entre los laberintos que ocultan el verdadero y trascendente propósito de la vida, que haría de nuestro paso por la tierra, la huella perdurable de quien logró modificar para bien, al menos su propio destino.

Que significativo es colocar la felicidad al alcance de la mano. Elevar nuestros deseos al nivel de las ganancias y no las ganancias al nivel de los deseos, como señalaba algún maestro hace unos años. Descubrir que el ser y el hacer resultan más significativos y valiosos que el tener o el lucir, o que al menos son los pasos previos y necesarios para llegar a ellos. Que combinar las aspiraciones con la sencillez presente en cada acto, es la actitud que sacude nuestra espiritualidad, para hacernos gozar de la vida y de sus cotidianas circunstancias. Que dar de sí antes que pensar en sí, nos devuelve la satisfacción de sentirnos plenos y útiles, y brinda a la sonrisa, el profundo sentido de las consecuciones alcanzadas. Que superar una tan sola de nuestras limitaciones y carencias en un propósito convertido en desafío íntimo, otorga la serenidad del que todo lo puede, y recupera la humildad frente a nuestras humanas aspiraciones.

El aleccionante celador de nuestra historia está desarrollando una agitada actividad para conseguir su nuevo sueño, y aplica en ello todas sus potencialidades. No sabe si habrá de cumplirlo, pero tiene la fe y la esperanza de que pronto obtendrá el resultado. Dice que la sabiduría de vivir, retomada de los libros y aplicada a las acciones de supervivencia a las que se enfrenta cada día, lo colmará siempre de entusiasmo, y reivindicará la inocente naturaleza de los desafíos solventados. Que trata

así de afrontar la existencia con ejecutorias que lo llenan de recuerdos para sentirse pletórico y vivo, mientras argumenta que, si todos adoptáramos esta actitud y filosofía de vida, evitaríamos tantos esfuerzos por acumular solo riquezas materiales sin propósito ni destino definido, convirtiéndonos con seguridad en nuestros propios esclavos, al quedar obligados, primero a conseguirlas a toda costa, y luego a cuidar y a poner a producir tantos emprendimientos juntos, sin tiempo para la vida, su sentido trascendente, y el disfrute cotidiano que de ella hagamos, mientras se quiera y pueda. Considera que él no quiere llegar a eso, porque de ser así llegaría a ser tan pero tan pobre, que lo único que tendría sería dinero, posiblemente en cantidades alarmantes, y no es eso solamente lo que quiere.